

Forum 2004. Sociedad versus Cultura

Por Jorge Luis Marzo

Publicado en EL PAIS, 1-6-2004

El Forum 2004 se define por ser el “fórum de las culturas”. En las declaraciones de sus responsables y organizadores, en las campañas de prensa iniciadas, en los panfletos y videos promocionales que se difunden, la palabra Cultura surge por doquier. Sería bueno preguntarnos qué entienden por cultura quienes se prerrogan de utilizarla en dimensiones y escalas de tal calibre. El alcalde de Barcelona, Joan Clos, nos dio recientemente una pauta esclarecedora: “Todo es cultura; la ciudad es cultura; incluso una planta de reciclaje es cultura”. También recientemente, Ferrán Mascarell, concejal de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona y vice-presidente del Forum 2004, sostuvo en un artículo en El Periódico de Catalunya las ventajas de un evento como el Forum. En él utilizó cinco veces la palabra *cultura*, por sólo una el término *sociedad*. En él, definía la cultura como “constituyente de nuevos modos de vivir”.

En pocas palabras, lo que se propone es la cultura como órgano fundacional de lo social. Corresponde pues a la cultura proponer lo que deben ser las actitudes, prácticas y usos de los ciudadanos. Se deriva, por tanto, que la sociedad es así modelada desde un consenso originario y esencial. Desde un punto de vista sociológico o antropológico, es verdaderamente sorprendente esta afirmación, cuanto menos porque si algo ha definido el desarrollo de estas disciplinas no ha sido otra cosa que la constatación de que la cultura es el compendio complejo de toda una serie de comportamientos sociales que finalmente (o no) pueden adoptar un grado de interrelación tal, que llegan a constituir un estadio cultural. Pero nunca al revés. Es la constante negociación entre los diferentes usos y prácticas en un contexto lo que define el pegamento cultural, pero nunca se ha visto que las sociedades nazcan de un sustrato cultural ya predeterminado.

Pero no nos podemos quedar sólo ahí. Porque paralelamente, también es necesario reflexionar en profundidad la premisa de que la cultura genera la novedad. Esta posición nos introduce plenamente en el camino de la perplejidad. Si la historia de la novedad ha podido dejar algo patente (digo historia, puesto que no ha existido jamás crónicas contemporáneas de lo nuevo) es que ésta siempre surge de prácticas, usos, errores, intentos, casualidades, contextos e intuiciones, todas ellas muy lejanas de estar sometidas a ninguna ley específica. Hasta la física ha podido demostrar esas condiciones en las que se negocia lo nuevo con la famosa formulación de los *paradigmas* de Hans Kühn. Es con la codificación generalizada de determinadas prácticas, que esos zig-zags acaban siendo modelos culturales, pero nunca al revés, como parece sostener el responsable municipal de cultura cuando dice que “es hora de dar a la cultura constituyente y a la ciudad un papel imprescindible en la construcción del futuro.”

En consecuencia, el Forum 2004 parece estar definiendo la cultura en relación con el pasado y con el futuro. Con el pasado, porque de este modo es posible convertir en museo la historia (que es en sí misma entendida como cultura, no cómo una serie de prácticas más o menos concatenadas sujetas a revisión). Con el futuro, porque fijando lo que ha de acontecer se establece el presente como utopía, como forma de legislación sobre la novedad y la herejía. El presente, consecuentemente, es considerado como un intervalo que existe entre esas dos percepciones y que debe ser “culturizado” para que pueda amarrarse entre ambos extremos, de manera que no pueda darse la desviación o la deriva.

Mientras se utiliza la palabra cultura como concepto asimilador y globalizador de todas las circunstancias de una sociedad, la idea de lo social es ampliamente ninguneada y secuestrada. Las prácticas sociales que cada día se producen, y que definitivamente no son generadas con

un hábito cultural, son momificadas (al menos como iconos) al interpretarlas culturalmente. Porque muchas de esas prácticas, incluso conscientemente, no quieren ser cultura. Si una depuradora de aguas es cultura, si todo es cultura, entonces, ¿lo es también la especulación inmobiliaria? ¿o las cargas policiales? ¿lo es también el inmigrante que hace cola para conseguir los papeles? Bajar de la furgoneta policial con una porra en la mano o hacer cola frente a la oficina de extranjería o en el consulado de turno, ¿es un acto consciente por parte de un individuo en pos de un acto cultural? Ciertamente que no. ¿Es cultura el acto de atracar de un quinqui? ¿o el palo que pega un yonqui para conseguir un pico? Desde luego, que a posteriori, artistas como Carlos Saura, Jean Genet o William Burroughs, han convertido todo ello en cultura, pero ¿podemos establecer que aquellos actos originales eran culturales en su base? Por supuesto que no. Y por cierto, afortunadamente. Buena parte de lo que hoy consideramos Cultura se gestó en contextos que ni por asomo perseguían aunar sus fuerzas con los discursos imperantes de su tiempo. Bandas de música como los Dead Kennedys o los Sex Pistols no estaban precisamente por una labor de consenso cultural, aunque posteriormente ellas mismas se autoglorificaran como iconos culturales. Los graffiteros o los raperos (tan utilizados en los videos del Forum 2004) en absoluto se expresaron en sus inicios como modeladores de una cultura. Se trataba simple y llanamente (pero nada más y nada menos) que de prácticas sociales concretas, resultado de unas circunstancias contextuales específicas. Cuando muchos jóvenes comenzaron a inventar determinados sonidos e imágenes en perdidos locales de periferia, nadie tenía en mente un “discurso cultural”, aunque con el tiempo se le llamara a todo ello “cultura club”. Muchas entidades de denuncia e incluso humanitarias ni surgieron ni siguen naciendo como modelos culturales sino como espacios de lucha continua precisamente en oposición a la manipulación misma del discurso social y cultural. Los poderes públicos no pueden prerrogarse de la facultad de decidir qué y cuando unos usos devienen cultura. No, no todo es

cultura, pero sí todo es sociedad que, a la postre, puede solidificarse en grupos culturales.

Un buen ejemplo de esa comercialización político-cultural de lo social se puede percibir en la forma en que la idea de la paz ha sido gestionada en Barcelona. Cuando se produjeron en Barcelona las grandes manifestaciones en contra de la guerra de Irak, las personas que a ellas acudieron lo hicieron, en su inmensa mayoría, convocadas por sí mismas. Fueron el móvil, los chats, los emails, y el boca a boca quienes hicieron de verdaderos difusores de la convocatoria. Aunque algunos medios de comunicación también promovieron el evento, se trató fundamentalmente de una actitud espontánea de la gente, no de una operación orquestada por instituciones y entidades, aunque muchas de ellas coincidieran con el sentir popular respecto a la guerra. Sin embargo, durante los días posteriores, el Ayuntamiento de Barcelona comenzó a capitalizar todo ese caudal de sentimientos y expresiones populares mediante eslóganes como “Barcelona, la ciudad de la paz”. Indudablemente, los habitantes de Barcelona nos debemos sentir contentos de que nuestros representantes políticos adopten las mismas direcciones que nosotros en un tema tan importante como la guerra y el derecho internacional, pero al mismo tiempo produce un gran escozor observar de qué manera y hasta qué punto esa dinámica es secuestrada por el poder para convertirla en una marca publicitaria al servicio, muy a menudo, de intereses más próximos al rédito electoral (como se vé en la campaña electoral de algún partido de izquierda) o a la atracción turística. Porque el problema radica en que las buenas intenciones son buenas en la medida en que respetan los orígenes de esa bondad; en este caso, el hecho de que fue la ciudadanía quien adoptó directamente el fundamento más esencial de una democracia, esto es, la libre expresión popular sin las manipulaciones propias (y naturales) de los órganos de poder. Es en este sentido que se hace intolerable ver cómo el poder devuelve a los ciudadanos los argumentos expresados por éstos pero con el márchamo de la “legitimación”. Lo popular es

finalmente sancionado por el poder como “legítimo”. Los representantes municipales nos hablan de “una cultura de la paz”, cuando en realidad lo que es de verdad importante y necesario es una “sociedad de la paz”. Mediante esa apelación a la cultura, la ciudad se convierte en un parque temático de la propia paz, dejando cada vez más inoperativos los mecanismos originarios que hacen que la paz sea verdaderamente posible. Lo social es convertido en Cultura. La disensión deviene así consenso.

La ciudad de Barcelona y sus habitantes desplegaron en aquellas manifestaciones contra la guerra pancartas en las que se leía “no en nuestro nombre”. Paradójicamente, esa divisa no parece haber sido comprendida por los poderes públicos que le dieron explícito apoyo en aquellos días, porque a la vista del uso público de aquellos sentimientos de cientos de miles de personas, también ahora podemos argumentarles que no queremos que vendan ni comercialicen nuestra vida social, nuestras diferencias y nuestras disensiones. No intenten convertirnos a todos en cultura: no en nuestro nombre. Atiendan sin embargo nuestra compleja y acrisolada vida social, la de aquí, la de ahora.

La cultura es consenso, desactivación de las diferencias, de las divergencias, de los opuestos; la sociedad es disensión, multiplicidad, complejidad y negociación. Los gestores públicos deben entender que el nudo de una cuerda sólo se puede deshacer si se estira desde ambos extremos. Si el nudo se deshace tirando de un solo lado, entonces estamos frente al ilusionismo.